

El autobús que salía de Liverpool aceleraba en el paso elevado y la tormenta nocturna de Gales cruzaba la bahía para salir a su encuentro. Alison Faraday no conseguía ver nada en los muelles o en el puerto deportivo, salvo la lluvia y algunas luces borrosas, y tuvo la impresión de estar ahogándose. Al final del paso elevado, las amplias casas georgianas de Waterloo se veían como bloques de lodo. Bajo el monumento de las Cinco Farolas (cinco globos rodeando un ángel de piedra) pasaba un tren deslizándose sobre el puente como una anguila. Una vez pasada la estación, el autobús hacía saltar los charcos de agua cerca de la tienda de reparaciones de calzado Thompson; camino de Mount Pleasant las ventanas de las terrazas se hacían más pequeñas conforme estaban más cerca de los tejados. Entonces Alison arrastraba los pies por el ondulante pasillo hacia la salida del trabajo.

El poste de cemento de la parada del autobús estaba tan empapado que se deshacía al contacto de sus dedos. Se dirigió hacia una calle paralela y se enfrentó a la tormenta de agosto. El abrigo y el uniforme de enfermera se le pegaban al cuerpo cuando intentaba abrirse camino por aquella calle estrecha bajo las lámparas de sodio. En la calle oscura, las ventanas parecían suspendidas en la nada, como si la casa de Queenie

flotara sobre sus cimientos. Era como un barco sobre las dunas, una mole oscura que acababa de zarpar, que se alzaba sobre las casas vecinas como una torre. Arriba, entre las chimeneas y la inclinación de los caprichosos tejados de pizarra, la ventana de Queenie enviaba su luz resplandeciente hacia la bahía. Alison sintió que se le encogía el estómago cuando llegó al final de la calle y, bajo aquel aguacero, trató a tientas de encontrar la verja.

El camino del jardín estaba resbaladizo a causa del musgo. Alison se agachó, poniéndose el bolso sobre la cabeza para protegerse de la lluvia mientras buscaba sus llaves y, entonces, una luz proveniente del recibidor iluminó los parterres llenos de hierba agitada. Hermione había abierto la puerta de golpe.

—A Derek lo han llamado para un trabajo y ella ha estado llamando a Rowan a gritos.

Hermione tenía que haber salido corriendo hacia la puerta cuando escuchó el roce de la verja sobre el camino. Sus delicadas facciones parecían apretujadas en la niebla de su cara rechoncha; las marcas con forma de pulgar que tenía debajo de los ojos parecían más pronunciadas que nunca.

—Me he quedado con Rowan para asegurarme de que seguía durmiendo.

Alison apretó con suavidad los brazos de su hermana, pues era lo más parecido a un abrazo que podía darle estando empapada, y cerró la puerta tras de sí con la ayuda de sus tacones.

—Ahora todo va bien. Estoy aquí.

—Y estás calada hasta los huesos —dijo Hermione, la hermana mayor protectora—. Te prepararé un café con brandy mientras te cambias. Ahora ya está tranquila. No me molestaré en subir.

—Creo que voy a echar un vistazo para ver cómo está.

Hermione se echó hacia atrás el cabello canoso, ni rizado ni liso del todo, y se frotó la frente como si así pudiera hacer desaparecer sus arrugas.

—Supongo que tienes razón —dijo gravemente—. Ya sabrá que estás aquí.

El recibidor, tan ancho que cabría un coche en él, se prolongaba durante quince metros hasta las escaleras. Sobre la pantalla de la lámpara de vidrio policromado habían caído trozos de escayola que proyectaban sombras de mohó en las paredes empapeladas. Temblando por el frío que hacía dentro del edificio, Alison subió las zigzagueantes escaleras, cuyos peldaños se combaban hacia la parte trasera de la casa. En el primer rellano había tres pasillos poco iluminados que formaban una T. Avanzó de puntillas por el pasillo de enfrente hacia la habitación de Rowan.

Los muebles blancos de la habitación de Rowan (la cómoda, la cama y el armario) casi parecían perderse sobre la extensa alfombra raída circundada por paredes de color rosa pálido. La niña estaba tumbada con la mejilla apoyada sobre la palma de su mano y el pelo rojizo le caía desordenadamente sobre el rostro; cuando Alison se lo apartó de los ojos, la niña se giró hacia ella murmurando: «Abajo, en el sótano», a pesar de que en casa no había ninguno. Así, con los ojos cerrados, parecía más una versión dulcificada de Derek con ocho años: la nariz roma, los labios ligeramente gruesos, la frente ancha y la mandíbula cuadrada. Alison besó sus largas pestañas y le arregló las sábanas metiéndolas bajo el colchón. Después se dirigió con pesadez y lentitud, como apagada, hasta la siguiente habitación: la que compartían Derek y ella.

Era como si hubieran reducido el apartamento que tenían en Liverpool hasta convertirlo en un estudio, con una cama, un tresillo y el resto de los muebles que encajasen cómodamente en la habitación. Alison se quitó las capas de ropa que llevaba encima y se empezó a abrochar un vestido cuando la puerta de la habitación se abrió y se escucharon unos pasos lentos.

Era Hermione, que entraba sin hacer ruido, sosteniendo una rebosante taza de café.

Hermione observó con aprobación que Alison se bebía el café y permaneció ahí cuando ya se lo había terminado.

—¿Quieres que suba contigo?

—Sé cómo manejarla —dijo Alison. Después continuó, precipitadamente—. Ya has hecho más de lo que está en tu mano.

Le devolvió la taza y se encaminó, decidida, hacia las escaleras, como si ese no fuera el momento de dudar. El siguiente tramo era mucho más empinado y se tuvo que agarrar a la inestable barandilla. A medio camino, su mano tocó la pared trasera de la casa y sintió cómo se deshacía el yeso bajo el papel marrón.

Una vez arriba, la escalera se ramificaba en tres pasillos: los de los lados no tenían luz, y Alison oía la tormenta mientras trastabillaba en la oscuridad. Delante de ella, dos bombillas pendían de una maraña de cables gruesos, y la más lejana se había desprendido del casquillo oxidado. En cuanto Alison dejó atrás la primera bombilla, los tablones que pisaba bajo varias capas de alfombra desprendieron un olor a rancio y humedad. Su sombra se extendía por el pasillo delante de ella. El silencio permeaba las habitaciones detrás de puertas que ya no encajaban bien en aquellos marcos deformados. La oscuridad olía a cerrado y se volvía más impenetrable al final del pasillo, donde estaba la habitación de Queenie. Alison agarró el pomo que colgaba torcido de la cerradura y abrió la puerta.

La habitación resultaba sombría incluso vista desde la oscuridad del pasillo. El tono amarronado de los libros, que se apilaban por las paredes allá donde hubiera espacio, parecía condensarse bajo la luz plomiza. Entre las pilas de libros, el color negro de los armarios y cajones absorbía el brillo que llegaba ya de por sí apagado a las esquinas de la habitación. Entre la puerta y la pared del fondo, de cara a la amplia ventana, Queenie estaba tendida en su cama.

Quizá había estado contemplando la tormenta, o las luces lejanas de Gales, pues tanto los visillos como las descoloradas cortinas de terciopelo estaban descorridos. Sin embargo, parecía que ahora dormía, con una mano apoyada en el libro abierto que tenía contra el pecho. A Alison se le entrecortó la respiración. Nunca había visto a su tía tan rejuvenecida: el perfil, largo y afilado, la barbilla prominente, las facciones amontonadas en la mitad del rostro como si los labios finos y apretados le regatearan a los demás rasgos ese espacio. Parecía bastante más joven de ochenta años. ¿Estaba acaso algo más que dormida? La habitación parecía exhalar un olor a desinfectante y papel viejo cuando Alison avanzó de puntillas, asaltada de repente por aquel miedo de su infancia de que Queenie se iba a incorporar de repente en sus casi dos metros de altura. Ahora ya estaba lo bastante cerca como para poder leer el título del libro que tenía Queenie debajo de su mano arrugada: *El cuidado del niño*. Entonces, Queenie habló:

—Pareces sorprendida, hija mía.

Su voz sonaba tan débil como sus labios y tan cortante como su rostro. Tenía que haber estado mirando por debajo de sus párpados, pensó Alison, enfadada con su corazón por latir con tanta fuerza.

—Me parece bien que sientas interés por algo.

—Alguien tendrá que hacerlo en esta casa. Mi niña estará en la cama, supongo, no jugando con esos mugrientos amigos suyos o por ahí con ese obrerucho de tres al cuarto.

—Ese del que hablas es mi marido, y su padre —replicó Alison con calma—. Y me gustaría que le dejaras hacer algo al respecto de la electricidad de aquí arriba.

—En mi casa no hará más que lo que yo le pida.

Queenie se incorporó con la ayuda de los codos y el cuerpo, que con toda esa altura resbalaba rígido sobre las sábanas desvaídas. Le clavó la mirada a Alison.

—Tendrías que estar agradecida de que le dé cobijo, después de que te casaras con alguien inferior, igual que tu padre. Dirás que fue por amor —continuó arrastrando la última palabra, temblando; después su voz se volvió más dura—. Veo que aún no has traído las mascarillas.

—Queenie, ya te dije que no puedo sacarlas del hospital. Si te preocupa tanto coger una infección...

—No te atrevas ni a pensarlo. Me quedaré donde he vivido siempre y que Dios se apiade del que intente moverme. —El párpado derecho cayó, arruinando así la simetría de su rostro, hasta que lo volvió a levantar con tal esfuerzo que dejó los dientes al descubierto. Entonces se acomodó en la almohada. Los ojos se le cerraban—. Péiname. No quiero parecer una bruja.

Solo era una anciana amargada y solitaria tratando de embaucarla, se dijo Alison. Fue al tocador junto a la ventana, que temblaba en la informe oscuridad, y cogió el peine y el cepillo. El borrón de luz alrededor de la cama parecía más pequeño que nunca. Dejó los cepillos sobre la mohosa colcha de retales y comenzó a peinarla con ellos desde su acartonada frente.

—No te quedes ahí como una tonta. Cuéntame cómo te ha ido el día.

Alison le habló del niño al que habían circuncidado el día anterior y a quien sus padres aún no habían ido a visitar; el niño de cuatro años que no paraba de decir «Uno grande» y que la enfermera creía que se refería a su osito de peluche y por eso no lo llevó al baño hasta que fue demasiado tarde; el chiquillo de seis años cuya marioneta tuvo que bajar con él en la camilla para someterse a la misma operación... Queenie dejaba entrever sus dientes cada vez que Alison le pasaba el cepillo por el pelo, incluso dio la impresión de que la anécdota del niño de cuatro años le había dado asco. De

niña, a Alison siempre le agotaba responder a esa batería de preguntas, pero ahora el silencio era igual de exigente. Cuando Alison agotó el tema del hospital, Queenie la miró de soslayo, con el ojo derecho medio cerrado.

—Me has dicho más de lo que crees, querida. Me has dicho lo insatisfecha que estás con tu vida.

—No con mi vida, sino con el sistema, a veces. Nunca pensé que ser enfermera fuera fácil, y la vida no siempre nos lleva por donde queremos ir.

Queenie dejó escapar un suspiro que dejó más al descubierto sus dientes.

—Mi padre me educó para buscar siempre lo mejor y no contentarme con menos. Si hubiera más gente que se negara a renunciar a los ideales que les inculcaron, quizá el mundo sería un lugar menos infernal.

Queenie se tensó de nuevo cuando Alison, ayudándose de los peines, le recogió el pelo en moños por encima de las orejas.

—Si quieres saber mi opinión, harías mejor en dedicarle menos tiempo a cuidar de la prole de otros y concentrarte más en la tuya.

Alison bajó la voz para mantener la calma.

—Rowan tiene padre y madre, y tanto él como yo...

—No estoy diciendo nada en contra de la niña. Es todo lo buena que puede ser para los tiempos que corren. Me recuerda a mí a esa edad —dijo Queenie, y se quedó mirando fijamente a Alison como para asegurarse de que entendía que aquello era un cumplido—. Sobre todo en que a ella lo que más le gusta es leer un libro a solas.

*Pero tú no sacaste ningún provecho de todas esas lecturas,* pensó Alison. Queenie no tardó en hablar:

—Seguro que piensas que yo podría haber sacado más provecho de ese aprendizaje. Mi padre siempre dijo que ya

solo mejorar uno mismo, sin intentar cambiar el mundo, era el trabajo de toda una vida. Pero te sorprenderé de nuevo: tráeme aquí a la niña y verás cuánto puedo ayudarla a mejorar su lectura.

Alison pensó que a lo mejor Queenie estaba perdiendo la noción del tiempo.

—A lo mejor mañana, Queenie, ahora es hora de que duerma.

—Tu hermana dijo eso hace ya unas cuantas horas y la he dejado dormir hasta que llegaras. No creas que puedes hacer lo que quieras en esta casa solo porque yo tengo que estar aquí tumbada. Bien lo sabe tu hermana, y tú también deberías saberlo.

Alison dejó el cepillo en el tocador y se preguntó si estaría siendo poco razonable. ¿Cuánto le quedaba a la anciana para pasar tiempo con la niña? Después de todo, a Rowan le quedaba todavía más de una semana para empezar las clases en el colegio nuevo. Antes de que se pudiera dar cuenta, Alison iba camino de la puerta.

—Eso es. Tráela aquí —la instó Queenie.

Alison vaciló allí de pie, entre la ventana que temblaba y el claro de luz que rodeaba la cama. La impaciencia de Queenie la había puesto en guardia y le había aclarado sus pensamientos. A veces daba la impresión de que Queenie hablaba en nombre de la familia cuando en realidad lo que buscaba era definirse. Pero ¿cómo se le habría pasado por la cabeza despertar a la niña a estas horas? Se dio la vuelta para negarse todo lo amistosamente que pudo y la anciana se incorporó agarrándose con los puños al edredón, con los ojos descoloridos abultados por la furia. La puerta se cerró de golpe.

Queenie se inclinó hacia delante, sus enjutos brazos temblaban por el esfuerzo; estiró su cabeza hacia Alison, adelantando la barbilla.

—Dame tu palabra de que irás ahora mismo a por ella.

—No a estas horas —dijo Alison, y avanzó hasta la puerta. Alguna corriente de aire había tenido que cerrarla, se dijo, y de todas formas nunca se cerraba bien... Entonces se dio cuenta de que el portazo la había encajado en el marco. Agarró el pomo con las dos manos y tiró hasta que notó que la cerradura al otro lado de la puerta empezaba a soltarse. Hiciera lo que hiciera, no pensaba plegarse a los miedos soterrados de su infancia y de la de Hermione. Queenie solo era una vieja malhumorada y ella no iba a suplicarle que abriera la puerta, como ya hizo Hermione una vez. Soltó las manos de la puerta y se acercó de nuevo a la cama.

—Parece que tendremos que esperar a que Hermione o Derek desatasquen esto.

Los labios de Queenie se plegaron hacia atrás con una mueca tan feroz que parecía que se iban a romper.

—O me traes a la niña o ya podéis ir marchándoos de esta casa, tú y todos vosotros. Pero recuerda que no tendrías que sufrir mi hospitalidad si no fuera por ella, y quizá así no estés tan dispuesta a quedártela para ti.

—Te estamos agradecidos, Queenie, pero no parecías disgustada de tener a una enfermera en casa.

A Queenie se le tensó todo el cuerpo: el cuello retorcido, los brazos huesudos. Su mirada era cortante como el hielo.

—Crees que no puedo hacerlo, ¿no es eso? Te equivocas. Yo misma traeré a la niña —dijo con una voz grave y poderosa como el viento y empujó con fuerza para levantarse de la cama.

Tenía la intención de abrir la puerta. Alison se movió para impedirselo pues su instinto de enfermera le decía que el esfuerzo podría ser demasiado para Queenie, cuyo rostro empezaba ya a cambiar de color. Quizá era la luz, que se había ensombrecido de repente. Intentó quitarse la penumbra de la cara parpadeando o restregándose, como si se tratara de telarañas. Se agachó hacia Queenie con las manos extendidas

y algo oscuro, extenso y asfixiante se alzó de la cama y se abalanzó sobre ella, haciéndola caer al suelo.

Había sido tan solo el peso de la ropa de cama, las mantas y la colcha. Cuanto más pugnaba por librarse de ellas, más la envolvían y se asfixiaba por el olor a ropa y a carne rancia que desprendían, a libros ajados y desinfectante. Debía de ser su propio forcejeo lo que la estaba enredando. Consiguió liberar una mano y se arrastró sobre la alfombra llena de calvas hasta que, tortuosamente, consiguió liberarse de la maraña de ropas. Se arrastró sobre su trasero, se puso de pie y se giró hacia la cama.

Queenie yacía sobre el desgastado colchón, respirando con dificultad. Todo su cuerpo parecía estar haciendo un enorme esfuerzo por emitir un sonido. Tenía los brazos rígidos a ambos lados del cuerpo y las manos se aferraban al camisón rosa con tal fuerza que se le transparentaban las costillas. Tenía la vista fija en algún punto más allá de la tenue bombilla, y sus ojos sin brillo intentaban ver a ciegas algo que solo ella podía ver. Una convulsión tan fuerte como la que debía de haber hecho volar las mantas arqueó su cuerpo, sosteniéndolo solamente sobre sus codos y sus tobillos, y consiguió balbucir, como en una plegaria desesperada: «Padre». Entonces la vejez le inundó el rostro y los ojos se le quedaron en blanco, sin vida. Cuando se le hundió la barbilla y la boca se le desencajó, la luz desapareció con un ruido, como si una polilla hubiera roto la lámpara, y la oscuridad se adueñó de la habitación.

La pareja que vivía cerca de la reserva de ardillas de Freshfield insistió en compartir con Derek la comida del congelador que les había arreglado. No iban a poder comérsela antes de que se estropeará, le dijeron, y además insistieron en pagarle lo que le debían íntegramente. La tormenta arreciaba por todo Gales mientras Derek conducía por la carretera de Southport. En Hightown, donde los árboles se doblaban casi paralelos al suelo, el zumbido de un helicóptero de rescate resonaba sobre el mar. No se veía nada en la llanura, salvo las luces cambiantes de los semáforos que salpicaban de rojo la oscuridad de la carretera. La carne congelada resbalaba dentro de la bolsa, que iba en el asiento del copiloto, cuando el coche tomaba las curvas y Derek pensó que podría arreglárselas trabajando por su cuenta si hubiera más gente como ellos.

Tenía que hacerlo. Hace un año pensaba que podría conseguirlo de no haber sido porque su contratista se había quedado en la ruina. De todos modos, él había querido ser su propio jefe desde que conoció a Alison, cuando trabajaba en la residencia de estudiantes de enfermería: ella estaba sacándole el mayor partido a su formación y él tendría que hacer lo propio con la suya. Muchos de los clientes del contratista ya conocían a Derek, apreciaban el cuidado y la

pericia que ponía en su trabajo y le habían prometido que lo ayudarían.

Y eso hacían... hasta que les enviaba la factura. Los pequeños encargos sí que los cobraba puntualmente; eran los clientes importantes los que se hacían esperar y demoraban los pagos para evitar la ruina, pero si no fuera por ellos no tendría suficiente trabajo. Ahora necesitaba mucho más dinero que hace un año: entonces le hacía falta para poder marcharse de Liverpool y ahora para que pudieran marcharse de la casa de Queenie.

Permanecieron en aquel destartado piso de Liverpool hasta que dejaron de sentirse seguros. Los pirómanos habían actuado en otros vecindarios, las peleas callejeras se habían parado tres pisos más abajo, pero cuando Rowan empezó a ir a la escuela se dieron cuenta de que el Frente Nacional acechaba en la puerta del colegio con panfletos racistas y de que había niños de diez años que fumaban heroína en tiendas abandonadas. A principios de este año, una furgoneta de la policía que se dirigía a toda velocidad a aplacar un posible tumulto derrumbó los postes de la casa donde Rowan solía quedarse a mirar la carretera. Así que, desesperados, empezaron a trabajar todo lo que pudieron para ahorrar el dinero suficiente para pagar la fianza de una casa, pues sus ahorros habían menguado desde el inesperado nacimiento de Rowan. Fue entonces cuando Queenie los invitó a que vivieran con ella.

Tan pronto como se mudaron allí, Queenie empezó a llevarse a la niña junto a su cama, donde leía todo el día. La anciana exigía que Alison estuviese a su completa disposición siempre que estaba en casa. En pocas semanas se vio postrada en la cama, lo que la volvió más exigente, como si así demostrara que todavía tenía poder. Derek imaginó que podría echar una mano cuidando a Queenie pero muy pronto se percató de cuánto lo despreciaba. Verse obligado a depender de ella,

esperar que fuese verdad cuando insinuaba que le dejaría la casa a Alison: todo esto le consternaba casi tanto como el poder que tenía sobre Alison, casi tanto como pensar que también su influencia sobre Rowan iba en aumento.

Pisó el acelerador a fondo hasta que llegó a la periferia. Allí donde Crosby se juntaba con Waterloo las casas se amontonaban cada vez más enflaquecidas y desvencijadas. Mientras daba la vuelta por una calle paralela, escuchó el golpe de una boya más allá de las dunas que daban a la hilera de residencias de ancianos. Una vez pasado el puerto deportivo, el radar de los guardacostas vigilaba los movimientos nocturnos. Aparcó en casa de Queenie, bajo la última farola.

La calle estaba en calma salvo por el sonido del agua que chorreaba en la alcantarilla y el rítmico y pausado batir de las olas. Abrió la verja del estropeado camino y entró en la casa. Se dirigió al salón, cuya ventana estaba iluminada. Una novela de Lisa Alther bocabajó sobre el sofá de cuero era la única señal de vida en la sombría habitación, con su enorme y apagada chimenea.

Tenía que ser un libro de Hermione, de esos que la dejaban boquiabierta y le hacían sacudir la cabeza. Al menos había venido desde Gales para hacerle compañía a Alison. Subió las escaleras en dirección a la cocina: ninguna de ellas estaba en la cavernosa habitación con el suelo de losas de piedra y repleta de cacerolas negras de hierro. Dejó la carne en la nevera de Alison y volvió al pasillo, donde fue abriendo una a una las puertas que había a ambos lados, pero todas las habitaciones estaban a oscuras: el comedor, cuya oxidada lámpara de araña repicaba con laxitud; la habitación de costura, llena de máquinas cubiertas con telas; la sala de estar, con sus cuadros, su piano y sus fotografías con el marco marrón. Derek esperaba que las mujeres estuviesen ya dormidas, descansando como

se merecían. Subió las tortuosas escaleras y se adentró en el hondo silencio que la tormenta había dejado en la casa.

Rowan murmuraba algo inconexo en sueños. Derek esperó delante de su habitación, disfrutando de aquel momento de espontaneidad de la niña, y al rato abrió la puerta. Hermione estaba sentada en la cama con un brazo extendido sobre el cabecero mientras miraba, desfallecida y somnolienta, a la niña. La puerta crujió y Hermione se levantó de la cama como un resorte, blandiendo el palo que tenía agarrado.

—Hermione, soy yo, Derek —siseó.

—No sé en qué estaría pensando. Vine porque Rowan me había llamado y me habré quedado traspuesta.

—¿Dónde está Ali?

—Arriba. —Le echó un vistazo a su diminuto reloj de oro y sus facciones se recompusieron—. Subió hace más de una hora.

—No es culpa tuya, cielo. Subiré a ver qué es lo que la retiene. ¿Qué tal si te haces una buena taza de té?

—Que te haga una a ti, quieres decir.

—Si Ali pudiera leerme el pensamiento como lo haces tú, aún seguiría soltero —dijo Derek, tomándole el pelo.

Derek pensó que con eso la había animado, pero, cuando lo vio subir las escaleras, Hermione le lanzó una mirada llena de pánico. Había arreglado los pisos de abajo sin decírselo a Queenie para que la casa tuviera menos posibilidades de salir ardiendo, pero el piso de arriba estaba más oscuro que nunca. La única bombilla que funcionaba convertía las paredes en un recuadro que encerraba la oscuridad justo en el lugar donde estaba el dormitorio. Miró con atención y no tardó en darse cuenta de que no salía ninguna luz por debajo de la puerta.

Rápida pero cautelosamente, continuó por el pasillo. Comprobó que la puerta estaba atascada. Llamó con suavidad en el agrietado panel superior, entre otras cosas para comprobar si Queenie estaba durmiendo. Fue Alison la que contestó.

—¿Hay alguien ahí? Derek, ¿eres tú?

Su voz sonó apagada y tensa, justo al otro lado de la puerta.

—Sí, soy yo. Apártate para que pueda desatascar esto.

Tan pronto como la oyó echarse a un lado, cogió los dos soportes del marco, hundió las yemas de los dedos en la madera y le dio una patada a la cerradura. La puerta se abrió de golpe, el picaporte rompió la escayola de la pared interior. Alison salió al minuto de la habitación y buscó la luz del pasillo, murmurando:

—Cierra la puerta.

Derek no consiguió ver nada en la habitación, salvo la oscuridad que parecía levantarse y abalanzarse sobre él como si entrara una ráfaga de viento por la ventana.

—¿Qué pasa...?

Alison se dio la vuelta mientras le daba al interruptor de la luz.

—Se ha ido. Le he comprobado el pulso.

Derek sabía que Alison estaba reprimiendo sus sentimientos. Cerró la puerta y corrió hacia ella, le rodeó los hombros con el brazo y le levantó, cogiéndola por la barbilla, su menuda y grácil cara de pómulos marcados que recordaban a la determinación de su tía, salvo por la asimetría que caracterizaba el rostro de Queenie. Alison esbozó una sonrisa y él sintió deseos de abrazarla con fuerza, de acariciarle el pelo negro que le caía hasta los hombros para recordarle cuánto la quería y la admiraba. Cuando se dio cuenta de que ella no quería pasar más tiempo allí, se la llevó al piso de abajo, donde no pudo contener más tiempo la pregunta:

—Ali, ¿cuánto tiempo estuviste con la luz apagada?

—Unos minutos. A lo mejor media hora o así. No conseguía abrir la puerta y no quise gritar por si Rowan me escuchaba y subía hasta aquí.

—Dios mío, ¿por qué no estaba yo aquí?

No quería ni imaginar cómo había tenido que sentirse, pero quería decírselo por si eso la ayudaba a sentirse mejor. La estaba llevando al dormitorio, donde esperaba que se pudiera tumbar mientras él iba a decirle a Hermione que no les molestara durante un tiempo, pero justo entonces Hermione apareció subiendo a toda prisa las escaleras.

—El té ya está —dijo, y su voz y su rostro temblaron de repente—. ¿Qué es lo que pasa?

—Vuestra tía ha fallecido —le dijo Derek.

Ella levantó la mirada, más nerviosa que nunca.

—Quiero verla.

—Se ha fundido la bombilla.

—Pero puedes cambiarla, ¿no?

Su voz sonaba cercana a la histeria y a Derek no se le ocurría cómo apartarla de Alison.

—Quitaré la corriente del piso de arriba. Es un milagro que haya funcionado tanto tiempo.

—Lo era mientras ella estuvo viva. Me vas a dejar la linterna, ¿no? Quiero subir a mirar.

—Iremos las dos mientras él quita la corriente —dijo Alison.

El tono de Alison parecía tranquilizador, pero Derek pensó que seguramente era ella quien necesitaba que la tranquilizaran.

—Deja que quite los fusibles y luego me llevo a Hermione arriba, si es que no puede esperar.

Pero los fusibles parecían atrapados en el polvoriento cuadro de luces que estaba debajo de la escalera. Estaba aún intentando sacarlos cuando las chicas trajeron la linterna de su coche. Antes de que pudiera retenerlas, ya se habían ido al piso de arriba. Consiguió quitar uno de los fusibles que estaba suelto, después el otro, y escuchó un grito ahogado que provenía de arriba. Arrojó los fusibles rotos de porcelana al cubo de basura de la cocina y subió las escaleras. El silencio le gustaba aun menos que el grito.

Casi toda la luz que había allí arriba procedía de la habitación de Queenie. De pie junto a la puerta fue capaz de distinguir a las dos mujeres rodeadas por el resplandor que proyectaba la linterna. La luz se volvió hacia él cuando pisó un tablón suelto y luego volvió a iluminar la habitación.

Una anciana yacía bocarriba sobre el colchón desnudo. La muerte la había agarrado por la barbilla, le había abierto la boca de par en par y le había hundido las mejillas tanto como era humanamente posible. Supo que se trataba de Queenie aunque solo fuera por cómo el camión rosa dejaba al descubierto sus enjutas y venosas piernas, pero parecía más vieja de lo que nadie podía parecer. No era de extrañar que las mujeres la contemplaran hipnotizadas, al menos hasta que Alison murmuró:

—Puedes entrar y echar un vistazo, Hermione, si quieres.

Hermione dio un paso atrás, encorvando los hombros y sacudiendo la cabeza con violencia.

—Muy bien —dijo Alison—. Sujeta la linterna mientras la cubro.

Hermione estuvo a punto de dejar caer la linterna. La pared iluminada se balanceó hacia ellos, abriendo la misma boca que se había tragado a Queenie. Derek hizo ademán de coger la linterna pero vio que Alison estaba intentando asegurarse de que su hermana tuviera la cabeza ocupada. Hermione hacía todo cuanto podía para que la luz iluminase la cama mientras Alison le bajaba los párpados a aquellos ojos sin vida que estaban fijos en dos puntos opuestos de la habitación. Se agachó para recoger las mantas y entonces la luz se agitó.

—¡Cuidado! —gritó Hermione.

Derek pensó que le estaba hablando a él. Corrió hacia la habitación y agarró un extremo de las mantas para ayudar a Alison a que cubriera el cadáver. Ella insistió en estirar las sábanas, meterlas bajo el colchón y debajo del mentón de

Queenie antes de salir de la habitación, aunque la linterna temblaba con tanta fuerza que le hizo creer que el suelo se agitaba bajo sus pies.

—Y bien, ¿qué es lo que decías, Hermione? —dijo afablemente mientras traspasaba el umbral de la puerta.

—¿No la viste moverse? Solo está fingiendo. No es más que otro de sus espantosos juegos.

—Seguro que ha sido la luz, cariño. Ahora está muerta, en paz.

—¿Es que no la conoces bien? —Hermione se inclinó hacia la linterna como si quisiera protegerla—. Mírala —susurró—. Nos está escuchando, ¿es que no lo ves? Que Dios nos ayude, está sonriendo...

Agarró fuertemente la linterna con las dos manos y proyectó el haz de luz hacia aquella cara convulsa. Ahora que Alison le había cerrado la boca y le había colocado el edredón bajo la barbilla, el cadáver sí que parecía estar sonriendo, tan débilmente que resultaba una sonrisa hermética.

—¡Está tramando algo! —gritó Hermione, y después se precipitó tan frenéticamente hacia las escaleras que estuvo a punto de estrellar la linterna contra el marco de la puerta.

Algo se movió al final del pasillo.

Las paredes se tambalearon, el suelo se levantó. Esta vez Derek se hizo con la linterna y estabilizó la luz que iluminó a Rowan en el rellano, bostezando y restregándose los ojos con los nudillos.

—Mami, ¿qué hacéis todos aquí arriba? ¿Por qué gritaba Hermione?

Derek le dio la linterna a Alison y le preguntó en voz baja:

—¿Había luz en casa de Jo y Eddie cuando fuiste al coche?

—Creo que sí, pero...

Pero él no podía entretenerse cuando Rowan podía ver lo que yacía en la habitación de Queenie o contagiarse del pánico de Hermione. Se llevó a Rowan a toda prisa hacia su habitación y

comprobó desde la ventana que todavía había alguien despierto en casa de Jo y Eddie, tres casas más allá, al otro lado de la calle.

—Ponte el abrigo y los zapatos y veremos si puedes dormir con tus amigos esta noche —dijo.

—¿Qué ocurre, papi?

Se conmovió ante aquella mirada seria, ante su deseo de ser útil y comportarse como una niña mayor.

—Tu tía abuela ha muerto esta noche, y eso ha disgustado a Hermione.

Rowan se aferró al collar que llevaba alrededor de la garganta mientras salían del porche. El viento que llegaba del mar era tan frío que hasta las estrellas parecían estremecerse. Jo y Eddie estaban viendo una película, pero la apagaron en cuanto vieron aparecer a Rowan.

—Puedes dormir en la cama de nuestra Mary, dale una sorpresa cuando se despierte por la mañana.

Jo se apresuró a llevarse a Rowan sin ni siquiera preguntarle a Derek qué ocurría. Él le contó a Eddie lo de la muerte de Queenie y rechazó el whisky que este le ofrecía.

—Será mejor que vuelva a casa para ver cómo están —dijo, pensando en cómo podría calmar a Hermione para que Alison pudiera desahogarse.

Sin embargo, cuando Derek entró en la casa sintió como si la noche se estuviera filtrando por el techo, y se encontró a las dos mujeres dando sorbos a vasos bien grandes: en el suelo había una botella de ginebra y otra de tónica. Habría podido creer que ya había pasado lo peor de no ser por la forma en la que Hermione se le quedó mirando para averiguar quién era. Parecía incluso que ahora Queenie la aterrorizaba más que cuando estaba viva.

El día del funeral, justo después de que amaneciera, el sol sobre Gales se llevó la niebla a las montañas. Rowan se quedó en el pequeño jardín trasero de la casa de Hermione, que se inclinaba hacia el valle y los pantanos, contemplando el mar y la hendidura que se abría entre Waterloo y las colinas de la península de Wirral. Más tarde Derek la recogió y se la llevó al pueblo para comprarle un telescopio. Alison se dio cuenta de que Derek quería dejar a la familia sola para que pudieran hablar.

Alison deseó que él no lo hubiera creído necesario. No era solo que le costara entablar relaciones, aunque tuvieron que tropezarse varias veces a la salida de la residencia de enfermeras para que él se decidiera a pedirle una cita. A lo mejor es que a él le intimidaba lo poco acostumbrado que estaba a la vida familiar; o quizá, y esa era su esperanza, él tan solo creyó que, con la familia reunida, no cabía ya más gente en la casa de campo. Hermione estaba en la cocina con su madre, Edith, preparando sándwiches de jamón para después del funeral. Alison se quedó en el salón, que era la mitad de grande que cualquiera de los dormitorios que había en casa de Queenie. Las plantas florecían en el alféizar de las ventanas con parteluz, sobre la chimenea de piedra, en las estanterías de los rincones

de aquellas desvencijadas paredes encaladas. El padre, Keith, estaba sentado junto a la ventana y contemplaba el cielo con la mirada serena, tocándose el mentón con los dedos, el mentón de la familia que Queenie había caricaturizado. Dio unas palmaditas en el cojín a modo de señal y ella se sentó junto a él, apoyando la cabeza en su hombro. Permanecieron así, sin decir nada, compartiendo recuerdos que sentían aletargados como el verano más largo de la infancia, hasta que él se movió para coger su pipa y ella se sentó.

—Estarás contenta con el testamento. Queenie tenía algo bueno dentro de ella, después de todo.

—¿No crees que siempre lo tuvo? No era mala, de verdad, solo se sentía sola.

—Era mala porque se sentía sola, pero no me preguntes qué fue primero —dijo Keith con una mirada extraña y ausente—. Lo único que deseo es que la casa os haga la vida más fácil a ti y a los tuyos.

—Estoy convencida. Pero no paro de decirme que fue tan conveniente... morir cuando lo hizo, como si yo la hubiese ayudado a marcharse.

Keith se irguió y trató de darle a sus condensadas facciones una apariencia de severidad.

—¿Qué es lo que te ha hecho pensar eso? Vamos, cuéntaselo a papá.

—Me siento como si yo misma la hubiera vuelto más débil por dejar que dependiera solo de mí. Se las arregló bien sola todos esos años, pero luego yo a esta casa y ella se muere.

—Si eso te estaba preocupando, me hubiera gustado que me lo hubieras contado antes. Ella jamás habría dependido de alguien si no lo necesitara de verdad. Créeme, seguro que estaba ya contando los días cuando te pidió que te mudaras allí.

Hermione y su madre llegaron de la cocina. Hermione mordisqueaba un sándwich de jamón con aire de culpabilidad.

—Muévete para que Hermione pueda sentarse —le pidió Edith a Keith con un tono de reprimenda, como insinuando que él tendría que mostrarse más preocupado por ella.

Cuando se levantó, Alison no pudo evitar pensar con resentimiento que la que se había quedado encerrada en la oscuridad había sido ella.

Creyó que había pasado horas allí encerrada. Si hubiera intentado abrir la puerta, lo único que habría conseguido era que se hubiese soltado el picaporte, así que se quedó tan quieta como pudo, esperando a oír que alguien, quien fuera, subiese las escaleras. Había intentado no mirar atrás, especialmente las veces en las que el chirrido de la ventana sonaba como si algo se moviera en el colchón donde yacía la anciana, pero, aun así, de vez en cuando sentía que Queenie se levantaba sigilosamente de la cama, acercándose descalza hacia ella, bajando la cabeza a la altura de los ojos, que miraban en direcciones opuestas, de forma que esta quedaría a la altura de Alison cuando se viera impelida a darse la vuelta para mirar. Siempre que se giraba, Queenie seguía tumbada bocarriba y tan solo el tenue destello que se filtraba a través de la ventana había hecho que pareciera que había contraído los miembros, dispuesta a levantarse del colchón. Alison se había sentido atrapada en una versión de pesadilla de aquel juego infantil en el que te tenías que dar la vuelta de golpe para ver quién se movía a tus espaldas.

Quizá fue algo parecido lo que le ocurrió a Hermione de niña. Sus nervios nunca habían sido los mismos desde aquel día en que salió corriendo de la habitación de la tía, sollozando. Una razón más para no estar resentida por el modo en el que su madre se había comportado antes respecto a Hermione, se dijo.

—Derek se ha llevado a Rowan de compras —dijo Alison—, no tardarán en volver.

Edith inclinó la cabeza y se la quedó mirando como por encima de unas gafas invisibles, hundiendo su ancha cara ovalada y rubicunda en el mentón.

—Estamos deseando ver a nuestra pequeña. Esperábamos que vinierais por aquí más a menudo ahora que no vivimos tan lejos.

Ellos vivían en Cardiff, a un día en coche por carreteras que nunca eran todo lo rectas o tranquilas que parecían en el mapa.

—Lo haremos en cuanto disponga de un coche de nuevo —dijo Alison—. El mío exhaló su último suspiro el día que nos vinimos a vivir con Queenie.

—Tampoco es que te viéramos mucho cuando tenías coche. Hermione se las arregla para venir aunque tenga que cerrar la tienda y coger el tren para venir a vernos.

Alison se dijo que, aunque sus padres tuvieran quince años menos que Queenie, eso no significaba que les quedaran otros quince años para disfrutar de Rowan.

—Los niños de Ali la necesitan a ella mucho más de lo que cualquier niño necesita mi tienda —dijo Hermione de pronto.

—Espero de verdad que ellos te aprecien tanto como nosotros —masculó Edith—. Solo recordad que sois bienvenidas siempre que no os apetezca estar solas.

—No tenéis que preocuparos por mí —dijo Hermione con tanta estridencia que se contradijo a sí misma.

—Bueno, tú sabrás mejor que yo —dijo su madre en un tono que logró combinar esperanza y resentimiento; después estiró el cuello para mirar por la ventana—. Allí llegan Derek y nuestra pequeña. Y viene alguien más.

—Mi hermano, supongo —dijo Keith.

—No, no es Richard. ¡Cielo santo, creo que es su hijo!

—Podría ser Lance, le han dado el alta en el hospital —admitió Keith—. Supongo que debajo de esa barba sí podría ser él.

En efecto, se trataba de Lance, a quien Alison no había visto desde hacía años. Tanto ella como Hermione siempre habían desconfiado de él. Él tenía veinte y era funcionario cuando las chicas tenían cinco y ocho años, pero ninguna había dado paseos por la playa de Waterloo por temor a descubrir su secreto, aunque así pudieran alejarse de la casa de Queenie. Que ella supiera, nunca había hecho daño a nadie, pero lo que él se imaginaba haciendo lo llenaba de culpabilidad; cuando su padre encontró aquel alijo de revistas no solo negó que fueran suyas sino que llegó a negar que él fuera Lance. Pero hoy Hermione lo dejó entrar y dijo alegremente:

—Hola, Lance. No te esperábamos, pero pasa, eres bienvenido.

Alison pensó entonces que este era un miedo de la infancia que Hermione sí podía superar. Lance se había quedado completamente calvo con los años, tenía el cráneo tan rojo como la cara, los pómulos escondidos bajo una barba espesa y rojiza. Llevaba un traje gris que había sido de funcionario y que ahora era un traje raído de beneficencia.

—Así que... ¿no viene tu padre? —quiso saber Edith—. Nos pareció entender que vendría.

—Dijo que lo haría. —Lance hizo una pausa, separando los labios de entre su barba como si le costara respirar—. Y luego dijo que él había tenido que irse de casa por culpa de la tía Queenie y que ahora no quería que ella pensara que la había perdonado solo porque hubiera muerto.

—Nosotros tuvimos que irnos de casa cuando tuvimos la edad suficiente para evitar que nos dirigiera la vida —dijo Keith—. De lo único que me lamento es de que nuestros padres no pudieran hacer lo mismo.

—Así que te envió Richard para que vinieras en su lugar, ¿no? —dijo Edith en tono acusatorio.

—Yo quería venir —dijo Lance, más despacio que antes. Alison se dio cuenta de que aquella lentitud era el precio que

había pagado por someterse a un tratamiento en el hospital—. Pensé que alguien tendría que venir y yo tenía ganas de veros. Esperaba que no os importara.

—Nos alegra que hayas venido —le confirmó Hermione.

—¿Entonces no pensáis que sea un caradura por venir a presentarle mis respetos? Siempre le tuve un poco de miedo a la tía Queenie. Tenía la sensación de que sabía siempre lo que estaba pensando.

—¿Son esos los coches? —inquirió Hermione girándose de pronto hacia la ventana.

No esperaban a los coches fúnebres hasta dentro de media hora. Derek esperaba fuera con Rowan, lejos de Lance, donde ella contemplaba la bahía enfurruñada porque los telescopios eran demasiado caros para que le pudieran comprar uno. De tanto en tanto, Derek miraba hacia la ventana donde estaba Alison, le guiñaba un ojo o ponía caras de haberse tragado un limón sin querer o como si se zambullera a un lado para que no le viera la familia, y ella le sacaba la lengua cuando los demás no miraban: nunca había dicho que la vida familiar no tuviera sus inconvenientes. Todos continuaron la conversación lo mejor que pudieron, tratando de evitar el tema de Queenie por el bien de Hermione y tomándose lo con más calma cuando Lance quería decir algo. La llegada de los coches resultó un alivio.

Derek, Rowan y las dos hermanas montaron en el primer coche, seguidos de Lance y los demás. Los ancianos que trabajaban en las fábricas costeras se quedaron de pie en señal de respeto hasta que el cortejo fúnebre terminó de pasar. Un tren de la línea que recorría la costa pasó a toda velocidad junto a los coches en Glan-y-don, otro más cuando pasaban por Ffynnongroew y después giraron en Talacre. La caravana se reagrupó junto al antiguo faro, ya en desuso, colina arriba al lado de la iglesia.

Queenie y sus padres habían alquilado una casa para el verano. Cuando su mujer murió, el padre de Queenie la enterró en ese lugar, el favorito de ambos. El padre de Queenie se mudó a la habitación del último piso de la casa de Waterloo para poder ver desde allí el lugar donde, llegado el momento, se reuniría con su mujer. Por mucho que el sol brillara, poco habría podido ver en un día como este. La bahía era un enjambre de diamantes cegadores, la costa arenosa donde estaba la casa de Queenie se agitaba como el fuego.

El párroco recibió a la comitiva en la puerta de la capilla, una construcción de paredes gruesas y blancas, y les guió hasta el interior, donde las ventanas decoradas con figuras de santos reflejaban la luz sobre los bancos de pino. Todo estaba tan en calma como Alison quería que lo estuviera Hermione, pero esta tenía la vista fija en el ataúd al fondo del pasillo.

—¿Quién ha querido dejar el ataúd abierto?

Todos se miraron perplejos.

—Les diré que lo cierren —susurró Keith.

—Tendríamos que despedirnos —dijo Hermione como soltando una bravuconada, y se adelantó.

Alison la siguió con la esperpéntica sensación de que lo primero que iba a ver era el mentón de Queenie sobresaliendo por un lateral del ataúd. Los de la funeraria habían suavizado los rasgos de Queenie y coloreado sus mejillas como si durmiera plácidamente, de forma que a Alison le recordó a la Queenie de sus últimos días, cuando parecía que su fe inquebrantable la había rejuvenecido. Al menos parecía más llena de paz de lo que Alison la había visto jamás. Pero, entonces, Hermione trastabilló hacia adelante, con los brazos temblando en sus costados, y los ojos clavados en el ataúd.

—¿Quién le ha dado eso? —preguntó casi a voz en grito.